



CASSANDRA CLARE

CAZADORES DE SOMBRAS LOS ORÍGENES

2. PRÍNCIPE MECÁNICO

Consciente del singular poder de Tessa, El Magister sigue tras sus pasos, dispuesto a acabar con los Cazadores de Sombras. Tessa, junto al bello y autodestructivo Will y el dulce y devoto Jem, iniciará un viaje que les llevará a descubrir el secreto familiar que esconde la verdadera identidad de la chica.

Segundo título de la exitosa trilogía que precede la historia de Cazadores de sombras y nos desvela sus orígenes.

Para Elka
Khal epa ta kala

Deseo deciros que habéis sido el último sueño de mi alma [...] Desde que os conocí, me turba el remordimiento que no creí ya vivo, y he oído voces, que creía silenciosas, que me incitan a recobrar el ánimo. He tenido ideas vagas de volver a esforzarme, de empezar de nuevo la vida, de arrojar de mí la pereza y la sensualidad y volver a la abandonada lucha. Pero todo eso no es más que un sueño, que no conduce a nada...

CHARLES DICKENS, *Historia de dos ciudades*

Prólogo

LOS MUERTOS MARGINADOS

La niebla era espesa y dificultaba tanto la vista como el oído. Cuando se abría, Will Herondale alcanzaba a ver la empinada calle que tenía ante él, mojada, resbaladiza y negra por la lluvia, y podía oír las voces de los muertos.

No todos los cazadores de sombras tenían la capacidad de oír a los fantasmas, a no ser que los fantasmas así lo quisieran, pero Will era uno de los que sí podían. Mientras se acercaba al viejo campo santo, las voces se alzaron en un disorde coro; gemidos y ruegos, gritos y gruñidos. No era un lugar tranquilo, pero Will ya lo sabía; no era su primera visita al cementerio de Cross Bones, cerca del Puente de Londres. Hizo lo que pudo por amortiguar el ruido: inclinó los hombros y agachó la cabeza para que el cuello del abrigo le cubriera las orejas, mientras una fina llovizna le humedecía el negro cabello.

La entrada del cementerio estaba a mitad de la manzana, franqueada por una verja doble de hierro forjado, fijada a un alto muro de piedra. Sin embargo, cualquiera que pasara por delante no hubiera visto nada excepto un descampado lleno de matojos, parte del patio de un constructor anónimo. Will se acercó a la verja y algo que tampoco hubiera visto cualquiera se materializó entre la niebla: una gran aldaba de bronce con la forma de una mano de dedos huesudos y esqueléticos. Con una mueca, Will tomó la aldaba con una de sus enguantadas manos y la levantó; acto

seguido la dejó caer una, dos, tres veces, y el eco del repique resonó en la noche.

Más allá de la verja, la fina niebla se alzaba del suelo, dissipándose en el aire, al tiempo que su ósea tonalidad contrastaba con la negrura del áspero suelo. Lentamente, la niebla comenzó a fusionarse y fue adquiriendo un tenebroso resplandor azulado. Will apoyó las manos sobre las barras de la verja; el frío del metal le atravesó los guantes, le llegó hasta el tuétano y lo hizo temblar. Era más que un frío corriente. Cuando los fantasmas se alzaban, chupaban la energía de lo que los rodeaba y enfriaban el ambiente. A Will se le pusieron de punta los pelos de la nuca, mientras la niebla iba adoptando lentamente la forma de una anciana con la cabeza gacha, ataviada con un vestido ajado y un delantal blanco.

—¡Hola, Mol! —saludó Will—. Esta noche estás especialmente guapa, si no te importa que te lo diga.

El fantasma alzó la cabeza. La vieja Molly era un espíritu fuerte, uno de los más fuertes con los que él se había encontrado. Ni siquiera cuando un rayo de luz de luna se abrió paso entre las nubes se vio transparente: su cuerpo era sólido; el cabello recogido en un grueso moño gris amarillento; las manos, ásperas y enrojecidas, en jarras sobre las caderas, y sólo los ojos eran dos llamas gemelas, huecas y azules, que relucían en la profundidad de las cuencas.

—¡William Herondale! —exclamó ella—. ¿De vuelta tan pronto?

Fue hacia la puerta con ese movimiento deslizante tan peculiar de los fantasmas. Tenía los pies desnudos y sucios, a pesar de que nunca tocaban el suelo.

Will se inclinó sobre la verja.

—Ya sabes, echaba de menos tu cara bonita...

Ella sonrió, con los ojos brillantes, y él captó un vistazo de la calavera bajo la piel semitransparente. En lo alto, las nubes se habían vuelto a cerrar y ocultaban la luna. Will se

preguntó qué habría hecho la vieja Molly para que la enterraran ahí, lejos de suelo consagrado. La mayoría de las gemientes voces de los muertos eran de prostitutas, suicidas y niños nacidos muertos, los difuntos marginados a los que no podía enterrarse en un cementerio. No obstante, Molly había conseguido aprovecharse de su situación, así que quizá no le importara.

Ella se echó a reír.

—¿Y qué es lo que quieres, cazador de sombras? ¿El veneno de Malphas? Tengo el talón de un demonio Morx, finamente pulido; el veneno de la punta es totalmente invisible...

—No —respondió Will—. No es eso lo que necesito. Necesito polvo de demonio Foraii, molido muy fino.

Molly echó la cabeza hacia un lado y escupió un hilillo de fuego azul.

—¿Y para qué va a querer un joven elegante como tú una cosa como ésa?

Will suspiró por dentro; las protestas de Molly formaban parte del regateo. Magnus ya lo había enviado varias veces a tratar con Mol. Una, en busca de velas negras apestosas, que se le pegaron a la piel como alquitrán; otra, a por huesos de un niño nacido muerto, y una tercera, a por una bolsa de ojos de hada, cuya sangre le había chorreado sobre la camisa. En comparación, el polvo de demonio Foraii parecía algo agradable.

—Crees que soy tonta —continuó Molly—. Es una trampa, ¿verdad? Los nefilim me pilláis vendiendo eso y se las carga la vieja Molly, eso es.

—Ya estás muerta —replicó él, haciendo lo posible para no sonar irritado—. No sé qué crees que puede hacerte ahora la Clave.

—Bah. —Los huecos ojos llamearon—. Las prisiones de los Hermanos Silenciosos, bajo tierra, pueden retener tanto a los vivos como a los muertos; ya lo sabes, cazador de sombras.

Will alzó las manos.

—Sin trucos, anciana. Seguro que has oído los rumores que corren por el submundo. La Clave tiene otras cosas en que pensar que en atrapar a fantasmas que trafican con polvos de demonio y sangre de hada. —Se inclinó hacia delante—. Te daré un buen precio. —Sacó una bolsa cámblica del bolsillo y la agitó en el aire. Su contenido tintineó—. Todos se ajustan a tu descripción, Mol.

Una mirada ansiosa cubrió el cadavérico rostro, y Molly se solidificó lo suficiente para cogerle la bolsa. Metió una mano dentro y sacó un gran número de anillos de oro, alianzas de boda, todas con la forma de un nudo. La vieja Molly, como muchos otros fantasmas, siempre estaba buscando su talismán, aquella parte perdida de su pasado, que finalmente le permitiría morir, levar el ancla que la mantenía atrapada en el mundo. En su caso, era su anillo de boda. Magnus le había explicado a Will que se creía que el anillo se había perdido mucho tiempo atrás, enterrado bajo el cenagoso lecho del Támesis; aun así, ella aceptaba cualquier bolsa con anillos encontrados, con la esperanza de que uno resultara ser el suyo.

Volvió a meter las alhajas en la bolsa, que desapareció en algún lugar de su cuerpo sin vida, y, a cambio, le pasó a Will un saquito de polvos. Él se lo metió en el bolsillo de la chaqueta justo cuando el fantasma comenzaba a titilar y a desaparecer.

—Espera, Molly. No es por esto por lo que he venido esta noche.

El espectro destelló, mientras la avaricia luchaba con la impaciencia y el esfuerzo por mantenerse visible.

—Muy bien —gruñó finalmente—. ¿Qué más quieres?

Will vaciló. No era algo que Magnus lo hubiera enviado a buscar; era algo que quería para sí.

—Filtros de amor...

La vieja Mol se echó a reír con agudas carcajadas.

—¿Filtros de amor? ¿Para Will Herondale? No soy quién para rechazar pagos, pero un hombre con tu aspecto no necesita filtros de amor, y no me equivoco.

—No —replicó él, con algo de desesperación en la voz—. Lo cierto es que estaba buscando lo contrario, algo que hiciera dejar de estar enamorado.

—¿Un filtro de odio? —Molly parecía divertirse.

—Esperaba algo más similar a la indiferencia. ¿Tolerancia?

Ella soltó un resoplido burlón, sorprendentemente humano para un fantasma.

—No es que me guste decirte esto, nefilim, pero si quieres que una chica te odie, hay maneras más fáciles de conseguirlo. No necesitas mi ayuda con la pobrecilla.

Y entonces se desvaneció, mezclada con la niebla que se alzaba de entre las tumbas. Will suspiró al verla desaparecer.

—No es para ella —dijo en voz baja, aunque no había nadie para oírlo—, sino para mí... —Y apoyó la cabeza sobre la fría verja de hierro.

1

LA CÁMARA DEL CONSEJO

Por encima, el elegante techo de señorial factura
por múltiples altos arcos soportado,
y ángeles en ascenso y descenso se encuentran,
con intercambio de regalos...

LORD ALFRED TENNYSON, *El Palacio de Arte*

—Oh, sí. Es exactamente como me la imaginaba —exclamó Tessa, y se volvió para sonreír al chico que tenía a su lado.

Él la acababa de ayudar a saltar un charco, y aún apoyaba la mano educadamente en el brazo de la muchacha, justo sobre el codo.

James Carstairs le devolvió la sonrisa; estaba muy elegante ataviado con un traje negro, con el claro cabello plateado echado hacia atrás por el viento. Su otra mano reposaba sobre el pomo de jade de un bastón. Si a alguien entre la ajetreada multitud que los rodeaba le resultó extraño que un individuo tan joven necesitara un bastón, o si alguno de los asistentes encontró curiosa su coloración o chocantes sus rasgos, no se paró a contemplarlo.

—Lo consideraré un logro —dijo Jem—. Estaba comenzando a preocuparme que todo lo que vieras en Londres fuera a resultar una decepción.

«Una decepción». El hermano de Tessa, Nate, una vez se lo había prometido todo de Londres: un nuevo comien-

zo, un lugar maravilloso donde vivir, una ciudad de altos edificios y parques encantadores. Pero Tessa sólo había encontrado horror y traición, y un peligro mayor de lo que nunca hubiera llegado a imaginarse. Y aun así...

—No todo me ha decepcionado —repuso, y sonrió a Jem.

—Me alegro de oírlo. —Su tono era serio.

Ella apartó la vista de él para mirar el imponente templo que se alzaba ante ellos. La Abadía de Westminster, con sus magníficas agujas góticas que casi tocaban el cielo. El sol había hecho todo lo posible por abrirse paso entre las nubes bordeadas de niebla, y la iglesia estaba bañada por un haz de luz pálida.

—¿Es aquí donde está realmente? —preguntó Tessa a Jem mientras éste la llevaba hacia la entrada—. Parece tan...

—¿Mundana?

—Iba a decir abarrotada.

Ese día, la abadía estaba abierta a los turistas, y algunos de ellos cruzaban muy diligentes las enormes puertas, entrando o saliendo, la mayoría con una guía Baedeker en las manos. Un grupo de turistas americanos, mujeres de mediana edad con ropa pasada de moda, murmurando en acentos que, por un instante, hicieron que Tessa añorara su país, los adelantaron en la escalera, apresurándose detrás de un profesor que les ofrecía una visita guiada del monumental edificio. Jem y Tessa se mezclaron sin problemas con el final del grupo.

Dentro de la abadía olía a piedra fría y a metal. Tessa miró arriba, a un lado y al otro, maravillándose del tamaño. Hacía que el Instituto pareciera una iglesia de pueblo.

—Fíjense en la triple división de la nave —recitaba el guía, y pasó a explicar que había capillas más pequeñas alineadas en los pasillos este y oeste de la abadía. Reinaba un silencio absoluto, aunque no estaba realizándose ningún servicio. Mientras Tessa dejaba que Jem la condujera hacia

el lado este del templo, se dio cuenta de que estaba pisando grandes losas con nombres y fechas tallados. Ya sabía que tanto reyes como reinas, soldados y poetas famosos se hallaban enterrados en la Abadía de Westminster, pero no había esperado caminar sobre ellos.

Jem y ella redujeron finalmente la marcha al alcanzar la esquina sudeste de la iglesia. Una luz acuosa se filtraba por el rosetón en lo alto.

—Tenemos que darnos prisa para llegar a la reunión del Consejo —indicó Jem—, pero quería que vieras esto. —Hizo un gesto abarcando la esquina—. El Rincón de los Poetas.

Tessa, por supuesto, había leído sobre ese lugar, donde había enterrados grandes escritores de Inglaterra. Allí se hallaba la gran lápida de Chaucer, con su baldaquino, junto a otros nombres conocidos.

—Edmund Spencer, oh, y Samuel Johnson —murmuró ella, maravillada—, y Coleridge, y Robert Burns, y ¡Shakespeare!...

—Realmente no está enterrado aquí —se apresuró a decir el chico—. Sólo es un monumento. Como el de Milton.

—Oh, ya lo sé, pero... —Lo miró y notó que se turbaba—. No sé cómo explicarlo. Encontrarme entre estos nombres es como estar entre amigos. Ya sé que es tonto...

—No es tonto en absoluto.

Tessa le sonrió.

—¿Cómo sabías justo lo que quería ver?

—¿Cómo no iba a saberlo? —replicó él—. Cuando pienso en ti y no estás delante, siempre te imagino con un libro en las manos. —Jem apartó la mirada mientras lo confesaba, pero no antes de que ella le viera un ligero rubor en las mejillas.

Era tan pálido que no podía disimular ni el menor sonrojo, pensó Tessa, y se sorprendió de lo tierna que resultaba esa idea.

Le había cogido mucho cariño a Jem durante las dos semanas pasadas; Will había estado evitándola escrupulosamente, Charlotte y Henry estaban liados con asuntos de la Clave y el Consejo, y dirigiendo el Instituto, y hasta Jessamine parecía preocupada. Pero Jem siempre estaba disponible. Parecía tomarse muy en serio su papel de guía en Londres. Habían estado en el Hyde Park y en los Kew Gardens, en la Galería Nacional y el Museo Británico, en la Torre de Londres y la Puerta de los Traidores. Habían ido a ver cómo ordeñaban las vacas en St. James Park, y a los vendedores de fruta y verdura voceando en sus puestos de Covent Garden. Habían visto los botes navegando por el Támesis desde Embankment, y había comido algo llamado «*door-stops*», cuyo nombre no prometía mucho, pero que resultó ser pan con mantequilla y azúcar. Y mientras pasaban los días, Tessa se encontró desligándose lentamente de su callada y arrinconada infelicidad a causa de Nate, de Will y de la pérdida de su antigua vida, y renaciendo como una flor que se abriera paso en el suelo helado. Incluso se había sorprendido riendo. Y tenía que agradecersele a Jem.

—Eres un buen amigo —manifestó ella, y cuando, para su sorpresa, él no contestó nada, añadió—: Al menos, creo que somos buenos amigos. Tú también lo crees, ¿verdad, Jem?

Éste se volvió hacia ella, pero antes de que pudiera decir nada, una voz sepulcral habló desde las sombras:

¡Mortalidad, contempla y teme!
Qué cambio de la carne hay aquí:
Piensa en cuántos reales huesos
Duermen en estas pilas de piedras.

Una sombra oscura salió de entre dos monumentos.

—Will —dijo Jem en un tono resignado, mientras Tessa parpadeaba sorprendida—. ¿Has decidido honrarnos con

tu presencia?

—Nunca dije que no fuera a venir.

Will se acercó a ellos, y la luz de la roseta cayó sobre él, iluminándole el rostro. Incluso en ese momento, Tessa no pudo mirarlo sin que se le hiciera un nudo en el estómago, un doloroso tartamudeo del corazón. Cabello negro, ojos azules, elegantes pómulos, gruesas pestañas, boca carnosa; sería muy mono si no fuera tan alto y musculoso. Tessa había pasado las manos por esos brazos. Sabía cómo era su tacto: de hierro, con duros músculos trenzados; las manos, cuando le había cogido la cabeza por la nuca, resultaron delgadas y flexibles, pero ásperas a causa de las callosidades...

Tessa apartó esos recuerdos de la mente. No hacían ningún bien, no cuando se sabía la verdad del presente. Will era hermoso, pero no era suyo; no era de nadie. Tenía algo roto en su interior, y por esa grieta se derramaba una crueldad ciega, una necesidad de herir y de distanciarse.

—Llegarás tarde a la reunión del Consejo —señaló Jem, afable. Era el único al que la malicia desvergonzada de Will no parecía afectarle nunca.

—He ido a un recado —replicó Will.

De cerca, Tessa vio que parecía cansado. Tenía los ojos enrojecidos y las ojeras casi púrpura. Llevaba la ropa arrugada, como si hubiera dormido vestido, y necesitaba un corte de pelo.

«Pero eso no tiene nada que ver conmigo —se dijo Tessa con severidad mientras apartaba la mirada de los suaves rizos que se le formaban a Will sobre las orejas y la nuca—. No importa lo que piense de su aspecto o de cómo decide pasar el tiempo. Ya me lo ha dejado muy claro».

—Pues vosotros tampoco vais a ser muy puntuales —añadió Will.

—Quería enseñarle a Tessa el Rincón de los Poetas —explicó Jem—. He pensado que le gustaría.

Hablaba con tanta sencillez y claridad que nadie dudaría de él o imaginaría que decía más que la verdad. En vista de su simple deseo de complacer, ni siquiera a Will parecía ocurrírsele algo desagradable que decir; sólo se encogió de hombros, y caminó por delante de ellos a paso rápido, cruzando la abadía hacia el claustro este.

La gente caminaba alrededor del claustro, que cercaba un jardín, murmurando en voz baja, como si aún estuvieran en la iglesia. Nadie se fijó en Tessa y en sus compañeros mientras éstos se acercaban a una puerta de doble hoja situada en uno de los muros. Will, después de echar una mirada alrededor, sacó su estela del bolsillo y apuntó a la madera. La puerta lanzó un destello azul un instante y se abrió. Will entró, y Jem y Tessa lo siguieron de cerca. La puerta era pesada, y se cerró con un resonante golpe detrás de Tessa, casi pillándole la falda; ella la apartó justo a tiempo, y dio un rápido paso, volviéndose en lo que era casi una oscuridad total.

—¿Jem?

Una luz se encendió; era Will, que sujetaba su piedra mágica. Se hallaban en una gran sala de muros de piedra y techo arqueado. El suelo parecía ser de ladrillo, y había un altar en uno de los extremos.

—Estamos en la Cámara Pyx —señaló éste—. Solía ser una tesorería. Cajas de oro y plata alineadas en las paredes.

—¿Una tesorería de los cazadores de sombras? —preguntó Tessa, totalmente perpleja.

—No, la tesorería real británica; de ahí los gruesos muros y las puertas —explicó Jem—. Pero los cazadores de sombras siempre han tenido acceso. —Sonrió al ver la expresión de la chica—. Durante siglos, las monarquías han pagado impuestos a los nefilim, en secreto, para mantener sus reinos a salvo de los demonios.

—No en Estados Unidos —replicó ella, airada—. Nosotros no tenemos monarquía...